

# DARÍO y Blanco Fombona

Por **HUGO EMILIO PEDEMONTE**

**P**ARECERÍA impropio para un artículo que viene a evocar a Darío, la vinculación de éste con Rufino Blanco Fombona. El escritor venezolano cuenta en su libro *El modernismo y los poetas modernistas* (Mundo Latino, Madrid, 1929) la amistad y la enemistad que tuvo con el autor nicaragüense y, sin duda, allí la emprende duramente con Darío. Sin embargo, yo creo que Blanco Fombona fue el más sincero de todos los críticos de Darío y que muchos de sus puntos de vista críticos tienen aun hoy una vigencia irrefutable. Los elogios que Blanco Fombona hizo durante toda su vida al poeta de *Prosas profanas*, como decir de él: «Creo poseer aquella virtud de que habló Carlyle: la de saber admirar a uno más grande que nosotros» (obra cit., pág. 148), nos dan el tono de un hombre que sabía muy bien de qué opinaba y cuán honradamente lo hacía. Fueron muy amigos un tiempo; pero esa amistad estaba viciada en sus mismas entrañas; eran dos seres que no podían conciliarse fuera de la literatura y hay pruebas de ello. Comentaba González Blanco que «Estaban una vez en París, en cierto café, a las dos de la mañana, Rubén Darío, Gómez Carrillo y Blanco Fombona, quienes, habiendo bebido algunas copas de whisky más de la cuenta, manifestaban con toda sinceridad lo que pensaban. Hablaron de las pequeñas naciones americanas en donde nacieron, y tanto Carrillo como Darío, creyéndose superiores a sus pueblos y con

la «parisiennitis» crónica de que ambos padecían, denostaron a la América que les dio vida. Allí estaba Blanco Fombona para echarles en cara su conducta. *Ambos se desataron en invectivas y desdenes* —refiere el mismo Fombona— *contra nuestra pobre patria de Hispanoamérica. Yo la defiendo a capa y espada. Y como la discusión se encrespa, rujo, lleno de aguardiente y de rabia: Ustedes viven ambos de esa América que desprecian y este país que adoran (Francia) no les daría para comprar ni un sombrero... Allá son ustedes gente; aquí son nadie Allá son Rubén Darío y Gómez Carrillo; aquí el número 10 o 25 del hotel. Ustedes en el fondo, son filisteos, burgueses; aman a París, a Francia, a Europa; la fuerza, lo rico, lo establecido, lo estampillado. Yo, no. Yo amo a la América, nuestra América; y aunque sea pobre, india, salvaje, la amo.* . Un hombre que dice esas palabras no podía, desde luego, conservar una amistad integral con Darío. El motivo de la «ruptura» —como la llama Blanco Fombona— es bastante trivial. Dos uruguayos: los hermanos Guido, grandes energúmenos literarios pero muy hábiles estafadores —no fueron otra cosa— iniciaron la empresa de la revista *Mundial* y pusieron a Darío de cabeza de cabeza de turco al frente de la misma.

Al principio —historia Blanco Fombona— Rubén se forjó la ilusión de que iba a ejercer franca dictadura periodística —ni se conocía ni conocía a sus patrones— y empezó a llamar a su lado a quienes podrían colaborar con él. A mí me franqueó, general, las puertas de «Mundial», y me aseguró que íbamos a ganar mucho dinero. Yo, urgido de pecunio, lo escuchaba encantado, improvisando en su obsequio sonrisas y frases agradables.

Minutos después rozó un automóvil: uno de los Guido, Presentación, apretones de manos; esperanzas de mi parte, importancia y altivez de parte de Guido.

En resumen, aquellos dos hombres se apartaron a conversar y me dejaron a mí en el más despectivo abandono. Yo, claro, me sulfuré y los dije unas cuantas frescas. La pobreza lo pone a uno muy susceptible. (O. c. págs. 174 y 175),

A partir de allí se desploma toda cordialidad y Blanco Fombona embiste, de acuerdo a su carácter, contra Darío y publica, entre



otras cosas, un artículo furibundo – del que más tarde va a arrepentirse noblemente— sobre el creador del modernismo, En suma, su cedió lo que podía preverse de acuerdo al carácter de estos dos grandes escritores. El problema de uno y otro estaba en la condición humana, no en la literatura; en la dicotomía del arte y la humanidad. Casi todo lo que Blanco Fombona decía de Darío hombre, fue, desgraciadamente, verdad. Blanco Fombona consideraba inseparables el modo de crear y el modo de vivir, sin recordar acaso, que Darío no era un antecedente –bastaba recordar a Villon o a D'Annunzio— sino una consecuencia. La democracia, la libertad, el amor a Hispanoamérica, la pasión por Bolívar de Blanco Fombona también están en su obra y no la están en la de Darío, y no podía entenderse con Darío en un plano que era la raíz misma de su propia existencia. Por eso dice el venezolano:

(RUBÉN) En la política, en la libertad, no creyó nunca. No le parecía, de seguro prostituirse con aplaudir a los sátrapas odiosos y echarles margaritas a puercos, a trueque de un mendrugo. Su concepto mecenario de las letras –el suponer que no pueden vivir de la democracia— lo disculpa. Pero Rubén tenía el culto de la belleza.

Es notable como Blanco Fombona admira al poeta y cómo a un tiempo desprecia al hombre. De donde debe afirmarse, como al principio dije, que es el crítico más sincero de cuantos han elogiado a Darío. Con pesar de mi parte, puedo decir que no lo fue tanto Rodó –apologista de *Prosas Profanas*—, pues el prólogo a esta obra –magnífico como pieza literaria— tenía una segunda intención –quero decir que no era desinteresado— y era la de buscar que Darío devolviera –en especies o en palabras— el elogio: cosa que Darío no hizo, porque en el fondo no estimaba a Rodó. Sincero era Blanco Fombona cuando defendía a Julio Herrera y Reissig, un liri-co uruguayo de quien no tenía más noticias que sus poemas. Esta es una gran deuda que nosotros, uruguayos, le reconocemos al creador de *La mitra en la mano*.

Cuando un poeta obtiene los elogios de un crítico contemporáneo, con el que hizo una amistad literaria; y cuando ese poeta continúa recibiendo los más altos elogios de aquel crítico, en la enemistad y en la adversidad. ¿Cómo dudar de que Blanco Fombona no sea un crisol de honradez literaria, una vuelta al *ethos* griego, a una

pura convicción moral? Quienes sabemos hoy como se cuecen las habas de la crítica, entre sinuosas, sórdidas o adulatorias, el ejemplo del escritor venezolano es de una valentía ejemplar.

No sólo creyó Blanco Fombona que Darío era un gran poeta «un espigador de estrellas» como lo llama en un verso, un poeta superior a Moréas y a muchos otros; no sólo tuvo clara idea de la enorme importancia de Darío en España y fuera de ella; no sólo vio el asombroso poder de transfigurador lírico que el nicaragüense poesía; sino y sobre todo, nadie como Blanco Fombona lo hizo más limpia y desinteresadamente. Ahí la va también la parte de grandeza a Darío: un ser salvado por su poesía; un ser en quien la «catarsis» o la purificación aristotélica trae el piadoso olvido de las debilidades y claudicaciones del hombre; al menos, del hombre total que Blanco Fombona encarnaba. Pero también el nicaragüense confiaba en esa doctrina final del poeta, por la cual lo admiramos y queremos hoy todos. Es la misma que surge de esta impresionante anécdota que el venezolano nos cuenta:

Cierta noche, después de haber comido y bebido copiosamente, nos sentamos en una terraza del Boulevard, en la «Taverne viennoise», después de 1914 «Café-restaurant d'Angleterre».

No sé por qué se amoscó un poco Rubén con algo que yo dije. Sacó una hoja de papel, escribió unas líneas y me pasó lo escrito.

Era una cuarteta:

La palabra de Darío  
la volverás a encontrar  
cuando las ondas del río  
sean las ondas del mar.

Y, por lo visto, Rubén Darío tenía razón.

